



OPINIÓN

Los nobles araucanos



Pedro Cayuqueo,
escritor y periodista

Recientemente, de paso por Chillán, pude reunirme con el profesor Marco Aurelio Reyes, destacado historiador de Ñuble, decano universitario y formador de varias generaciones de profesores en la sede local de la Universidad del BíoBío. Siempre es un agrado charlar con el maestro y aprender a través suyo de una ciudad con tanta historia. La tierra de Bernardo O'Higgins, sí, pero también la tierra del célebre autor de "Cautiverio Feliz" (1673), Francisco Núñez de Pineda y Bascañán (a quien ninguna calle recuerda en la ciudad) y también la tierra de los colegios de los nobles araucanos. Sí, tal como lo leen. Su historia es digna de ser contada.

Cuando los españoles invadieron América una de sus principales preocupaciones fue "civilizar" y "evangelizar" a la población nativa, en especial a los hijos de las familias más importantes o patricias. Fue así como en México, una vez derrotado Moctezuma, la educación tradicional de los mexicas, los indígenas locales, rápidamente fue reemplazada por la educación europea. Así nació, en 1536, la primera escuela para indígenas de la Nueva España: el Colegio Imperial de Santa Cruz de Tlatelolco fundado por los franciscanos en la actual Ciudad de México. Su misión era evangelizar y formar a los hijos de la nobleza indígena enseñándoles latín, filosofía, aritmética, ciencias, artes y también traducción para divulgar en náhuatl la doctrina católica al resto de la población.

Los mismos objetivos tuvo en Perú el Real Colegio de Caciques San Francisco de Borja fundado en el Cusco el año 1621 y también el Colegio San Andrés de Quito, el segundo establecimiento educacional más antiguo de América y donde también se enseñaba la lengua quechua. Ambos estaban dirigidos a los hijos de la nobleza inca y sus edificios, hoy monumentos históricos, se pueden visitar hasta nuestros días en los centros históricos de ambas ciudades. Durante los siglos XVI y XVII, a medida que se consolidaba la conquista europea, estos colegios se multiplicaron por el continente, con la excepción de un único lugar en toda la América española: el territorio mapuche. Lo impidió la Guerra de Arauco y la férrea resistencia que diversos toqui opusieron a cualquier intento de colonización europea.

Todo cambió tras el Parlamento de Quilín en 1641. Allí los españoles reconocieron la autonomía territorial de los mapuche y la guerra dio paso a la política de los parlamentos. Fue precisamente tras un largo período de paz a fines del siglo XVII que la educación de los hijos de los lonkos, "los más principales y de mayor respeto", se volvió tema de relevancia. Y así se llegó, el 13 de septiembre de 1700, a la fundación del Colegio de Nobles Araucanos de Chillán donde las principales jefaturas enviaron a sus hijos para ser educados a la usanza española. Cuatro eran las áreas de especialización: gramática, filosofía, teología y leyes. La institución, con intermitencias y un breve traslado a Santiago, existió por más de un siglo, hasta el año 1811 cuando el primer Congreso republicano resolvió eliminar la subvención del Estado: todos sus recursos fueron dirigidos al recién creado Instituto Nacional. Los colegios de nobles araucanos fueron una institución notable. Allí, por mandato del Rey de España, se equiparó a los hijos de los lonkos con los hidalgos de la nobleza de Castilla, pudiendo acceder a carreras militares, eclesiásticas y del servicio real sin discriminación alguna. Curioso resulta constatar que fue la Independencia de Chile la que acabó con ellos.